

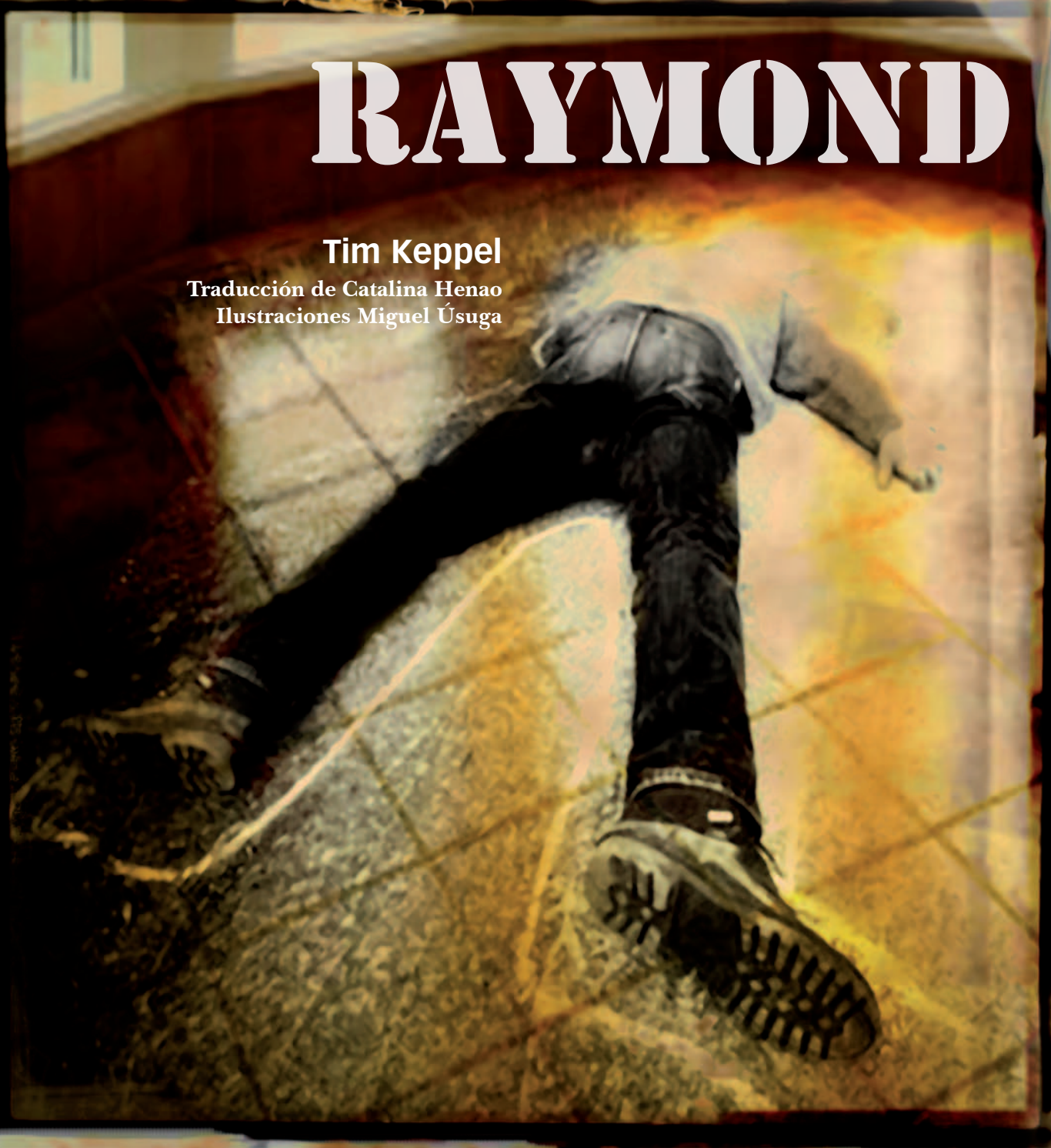


EL TÍO

RAYMOND

Tim Keppel

Traducción de Catalina Henao
Ilustraciones Miguel Úsuga



El otro día, durante una de nuestras infrecuentes charlas telefónicas internacionales, mi hermana me contó que mi tío Raymond había caído muerto de un derrame. Había estado haciendo su caminata diaria con un amigo en el Rowan Mall. Cuando el clima era malo daban sus vueltas adentro, entre los compradores, la gente de limpieza y los niños que capaban clases. El tío Raymond simplemente colapsó en seco. Era un hombre alto y robusto, atlético a pesar de su barriga inflada, con largos, musculosos y venosos brazos. Debió haber causado conmoción al caer. Su amigo estaba muy alterado al respecto, dijo mi hermana.

Mis vecinos aquí en Colombia tienen un loro que repite la misma palabra una y otra vez todo el día. Suena como *iRaymond!* *iRaymond!* en todos los tonos: esperanzado: *iRaymond!*, inquisitivo: *iRaymond!*, juguetón: *iRaymond!*, urgente: *iRaymond!*, lastimoso: *iRaymond!*, desesperado: *iRaymond!*

Por más de cincuenta años, Raymond fue el archienemigo de mi mamá. Todo empezó cuando él tenía diecisiete años y empezó a salir con la hermana menor de mi mamá, Shirley. Aunque musculoso y atractivo, un atleta de dos deportes, Raymond era un estudiante que sacaba notas mediocres mientras que Shirley era la mejor en todo. Ella lo empezó a ayudar con las tareas. El rumor les llegó a mis abuelos, miembros de la alta alcurnia del pueblo, quienes desaprobaban el status social de Raymond. Carecía de papá y tenía una madre obesa con siete hijos. Su ropa parecía de segunda y tenía una forma burda y furtiva de comportarse, además de su mala gramática.

La tutoría se intensificó. Un año más tarde, convencidos de que jamás recibirían la bendición de mis abuelos, se fugaron para casarse. Después Raymond tuvo las agallas de pedirle trabajo a mi abuelo.

Mientras yo crecía, nuestras familias eran inseparables. Yo tenía un primo un año mayor que yo, al igual que mi hermano y hermana menores. Cada uno tenía su compinche. Nos reuníamos en la casa de mis abuelos todas las vacaciones, intercambiábamos regalos de cumpleaños y navidad, los niños se quedaban un mes con la otra familia, y el día de acción de gracias asistíamos al tradicional partido de fútbol de rivalidad, donde la simetría de las dos familias se hacía más sorprendente. La universidad de nuestro pueblo era luterana y la familia de mi primo era luterana, mientras la universidad en su pueblo era presbiteriana y nosotros éramos presbiterianos. Es más, su equipo se llamaba los Indios y el nuestro los Osos, y ambas escuelas usaban la misma ovación: “Queremos carne de oso!”, pero con otro significado. Para los Osos era carne para los osos.

Y por supuesto estaba la semana anual en la playa, y después la compra del autocaravana para hacer un viaje al Oeste, y después el lote del lago donde dormíamos en el autocaravana, y después la casa del lago.

Para cada una de estas aventuras, las dos familias dividían los gastos. Mi papá ponía la mayor parte del dinero y dejaba que Raymond le pagara cuando pudiera. Ahí radicaba la mayoría de la tensión que burbujeaba debajo de la superficie. No con mi papá —a él le agradaba hacerlo—, sino la tensión causada por la situación económica de Raymond y Shirley. Después de todo, Raymond trabajaba para mi abuelo. Era el supervisor de la planta, encargado de mantener la línea de producción en movimiento. Miles y miles de botellas de gaseosa que iban del lavador de botellas a la embotelladora, luego a la



máquina que colocaba las tapas y, de allí, a las canastas que se cargaban en los camiones. El sueldo de Raymond era miserable. ¿Era esto debido a un resentimiento continuo por parte de mi abuelo, una falta de respeto y una especie de venganza? O simplemente a que, producto de la Depresión, mi abuelo era un tacaño irremediable?

Pero una cosa era tratar a Raymond, el intruso, de esa forma y otra tratar así a su propia hija y nietos. Los viajes, la casa del lago, nada de eso hubiera sido posible sin la ayuda de mi familia y esto era causa de vergüenza para ellos. (Mi mamá nos pedía que no les contáramos a nuestros primos todo lo que nos daban en navidad.) No creo que Raymond haya discutido su situación con mi abuelo porque su sustento dependía totalmente de él, y porque mi tía Shirley lo convenció de dejarla trabajar a su manera. Y así los años pasaron y Raymond hervía.

Para mí, el tío Raymond siempre fue una figura imponente e intimidante. Era un artista para menospreciar y el rey del comentario sarcástico. Un día en la playa mientras pescábamos en el muelle, Raymond pensó que había cogido uno grande cuando sacó el nylon de un adolescente que se había enredado con el suyo. Por veinte minutos, mientras todo el mundo llenaba su cubeta de platija y pargo rojo, estuvo sentado tratando de desenredarlo. El sudor corría por su frente. Cuando finalmente lo desenredó, le dijo al chico:

—Creo que hay un buen lugar para que pesques: ¡COMO A CIEN YARDAS MÁS ALLÁ!

A Raymond le fascinaba agarrar a la gente desprevenida y hacerla sentir estúpida. Hacía preguntas como: “¿Por qué será que están levantando ese puente levadizo?”, y cuando uno le respondía, se burlaba por creer que él no sabía la respuesta. Teníamos una tía abuela que era medio sorda y a Raymond le encantaba burlarse de ella. Un día ella llegó en medio de una tormenta. “¿Te sientes como un pato?”, dijo Raymond. “No, gracias”, dijo mi tía abuela, “no me provoca”. Raymond me miró directamente y soltó una risita pícaro tratando de hacerme cómplice de su broma.

Raymond se deleitaba especialmente atacando a mi mamá. Le gustaba menospreciar su política feminista y poner en duda todas sus ideas y actividades. Debajo de todo esto había una lucha por la mente y el corazón de Shirley, su esposa y la hermana menor de mi mamá. Una vez, en una cena familiar, alguien propuso un brindis por mi mamá por haber completado su doctorado en educación. “Oh, ella es la clase de doctor que no le hace ningún bien a nadie”, dijo Raymond.

Hasta con mi papá, el venerado cirujano Doctor Swain (“¡Tu padre es el mejor!”), todo el mundo me decía. “¡Le salvó la vida a mi tía!”), el tío Raymond parecía tener las de ganar. Siempre andábamos en sus terrenos: pesca, lanchas, mecánica, construcción; si no lo sabía todo sobre algo, nos convencía de saberlo. Recuerdo el mareo que sentí cuando vi a mi papá observando con impotencia mientras el tío Raymond arreglaba el motor de la lancha que se había varado una milla lejos de la orilla, o cuando mi papá, ayudando a Raymond a construir el muelle, accidentalmente pisó un lado de una tabla y el otro lado se levantó y le pegó a Raymond en la barbilla. Yo estaba aterrado de que Raymond fuera a humillar a mi papá ahí frente a mí. En cambio murmuró algo como, “No creo necesitar más ayuda ahora”, y lo dejó así.

Mis amigos estaban de acuerdo en que el tío Raymond era intimidante. Una vez un amigo estaba visitándome en la casa del lago cuando él llegó. Estábamos desayunando y por alguna razón Raymond se sentó con nosotros. Mi amigo estaba tan nervioso que no tuvo el valor de pedirle a Raymond que le pasara la leche. Así que se comió su cereal seco. En el apuro por salir de ahí, se le olvidó la maleta. Se percató de esto a unas cuantas millas de camino pero estaba demasiado apenado para volver por ella. Así que siguió manejando.

A los trece pasé el verano en la casa de mi primo y trabajamos en la planta embotelladora. Todas las mañanas nos levantábamos al alba y nos íbamos con el tío Raymond a recoger trabajadores en la sección negra del pueblo. Trabajadores con nombres como Crawley y Juneboy. A veces el tío Raymond se quedaba silencioso como una piedra y otras veces bromeaba con ellos en su usual forma condescendiente.

La planta era extensa y tumultuosa: el golpeteo rítmico de las máquinas; gente gritando sobre el ajetreo; el tas, tas, tas de las canastas siendo apiladas; la luz destellando de las botellas mientras se bamboleaban por la banda; una mujer sentada en un taburete viéndolas pasar. La inspectora de botellas: ese era el empleo que mi mamá había tenido cuando estaba en bachillerato. Solía hablar de él con gracia y complacencia.

Entonces me metí a aprender el negocio de embotellador. Aprendí a abrir cajas aplastadas con un giro habilidoso de la muñeca; coger cuatro botellas con cada mano; levantar cajones usando la fuerza de mis piernas para evitar el temido “síndrome del gaseosero” —una espalda jodida—; tirar las tapas de botellas al aire con un chasqueo del pulgar; maniobrar una elevadora con precisión; y apilar un palé de canastas en un patrón interconectado para que no se cayeran.

Raymond paseaba alrededor con su caminado de gaseosero, un poco descuajeringado y con la cintura torcida como si enderezarse completamente le fuera a despedazar la columna. Frecuentemente se enfurecía por las nuevas botellas de dos litros con tapa de rosca porque aseguraba que una gaseosa debía tomarse



inmediatamente después de abrirse; luego perdía el sabor. Tampoco le gustaban las latas—era un purista— y pensaba que la moda de la gaseosa light era ridícula.

Mientras me ocupaba de mi trabajo, era consciente de los ojos vigilantes de Raymond y estaba ansioso por ganar su aprobación. Pero eso era difícil, si no imposible. Hasta en referencia a su propio hijo, sólo lo había escuchado una vez pronunciar palabras de elogio. Eso fue durante un juego de béisbol, cuando mi primo, un catcher, ponchó un corredor para terminar un juego reñido. “¡Ese es mi hijo!”, dijo Raymond. Tal vez sólo pretendía autoalabarse y el cumplido se le salió. Yo quería preguntarle a mi primo qué se sentía ser hijo de Raymond, pero no sabía como preguntar.

* *

Hace varios años, cuando a mi mamá le dio cáncer y era claro que no tenía mucho tiempo, ella organizó un último viaje familiar a la playa, una grandiosa reunión histórica de todo el clan. Raymond se veía senatorial con su pelo níveo y, a pesar de torcerse un poco hacia un lado, salía a la playa todas las mañanas antes del amanecer, adentrándose en el oleaje hasta el pecho, para desatar sus lanzamientos poderosos y después sentarse a esperar que picaran los peces.

El día que llegué, Raymond estaba ahí afuera pescando con mi primo. Parecía contento de verme, como en aquellos tiempos cuando yo estaba con mi papá y no como cuando me había llevado un camión de Mint Cola con la boquilla de gasolina metida en el tanque. Y vi por un momento esa mirada de intruso cohibido, de impostor tosco que se había esforzado toda su vida por ocultar y que tal vez fuera su cualidad más simpática. De alguna forma, ambos éramos personas de afuera. Él era una persona de afuera que quería estar adentro y yo era una persona de adentro que quería estar afuera. Ambos nos sentíamos superiores al otro. E inferiores.

Como siempre, Raymond no hizo preguntas sobre mi vida personal, lo que me dio a entender una muestra de discreción, falta de interés o gran generosidad, al dispensarme de la hoja afilada de su mofa. Le pregunté a mi primo si tenía una caña extra y nos paramos afuera en el oleaje brillante, lanzando y recogiendo como lo habíamos hecho cuarenta años atrás, cuando hacíamos concursos para ver quién pescaba más en una semana —el último día estábamos noventa y ocho a noventa y siete—, y nuestros padres nos gritaban que ya era hora de irse y no podíamos soportarlo. Ahora mi primo me contaba sobre



el progreso del negocio, el riesgo provechoso que habían corrido al comprar una planta embotelladora en bancarrota y sobre su nuevo producto —agua embotellada—, el cual Raymond despreciaba a pesar del éxito en ventas.

Cuando volvimos al pedazo de playa clamado por mi familia, puse mi caña en la arena endurecida, procurando que el carrete quedara mirando hacia arriba. Acostada en una silla de playa, la tía Shirley, con una blusa ancha, y un sombrero de sol, su cara lavada de casi toda su belleza, excepto por sus extraordinarios ojos azules, estaba leyendo la autobiografía de Hillary Clinton, oculta por la sobrecubierta de una novela de Ann Rice para que Raymond no le diera cantaleta. Raymond, relajado bajo un parasol, levantó la mirada y me dijo: “¿Dejaste MI CARRETE EN LA ARENA?” Y de repente, décadas enteras fueron borradas y yo era otra vez un niño, mis oídos ardiendo por la reprimenda de Raymond.

* *

En el funeral de mi mamá, Raymond estaba silencioso. Parecía apabullado. El gran contrapeso de su vida, ese poderoso opuesto, había sido removido. Se quedó sin nada con que forcejear, como cuando alguien recostado a una puerta la encuentra, de repente, abierta.

Ahí fue que Shirley me contó que a Raymond le había afectado mucho la muerte de mi mamá. A pesar de sus peleas, en realidad se apreciaban. Ambos estaban desesperados por ganar el respeto del otro.

En el funeral de mi papá, un año después, quedé sorprendido al ver a Raymond. Después de todo, él sólo había visto a mi papá una o dos veces desde el divorcio de mis padres. Después del agradable saludo inicial, otra vez me sentí incómodo cerca de él, como si el tiempo no hubiera pasado y yo aún fuera ese niño torpe de la casa del lago. Lo evité un rato y, después, cuando me vi a su lado y sentí la obligación de hablar, dije:

—Agradezco mucho que hayas venido.

—¿Pensaste que no iba a venir? —dijo Raymond con su tono resentido—. Fue el mejor amigo que tuve.

Lo miré con asombro e incredulidad.

—Y tuve hermanos —agregó para hacer énfasis.

La garganta se me cerró y los ojos me empezaron a arder.

* *

Ahora oigo al loro arrancar otra vez. Recuerdo mi hermana describiendo como Raymond cayó muerto en el centro comercial. Llevaba botas de trabajar y una gorra beige de Mint Cola.

iRaymond!, grita el loro. Esperanzado: *iRaymond!*, inquisitivo: *iRaymond!*, juguetón: *iRaymond!*, urgente: *iRaymond!*, lastimoso: *iRaymond!*, desesperado: *iRaymond!*

Afuera, un hombre con sombrero de paja está barriendo las hojas amarillas y naranjas de los almendros que caen dos veces al año.

—Disculpe —le digo—. ¿Escucha ese loro de allá? ¿Qué está diciendo?

El hombre inclina su cabeza y escucha atentamente.

—Pedro —dice. ■

Tim Keppel (Estados Unidos)

Está radicado en Colombia desde 1995. Vive en Cali y es profesor de la Universidad del Valle. Su libro *Alerta de terremoto* fue publicado en 2006 por Alfaguara.